

La provincia lejana

Octavio Rivero Serrano

La provincia, ese lugar al mismo tiempo remoto y entrañable de la memoria, es el ámbito que explora Octavio Rivero Serrano —ex rector de la UNAM— en este texto que se mueve entre la crónica, la autobiografía y el relato.



Anónimo, Avenida de la Paz, Puebla, ca. 1940

Tengo nostalgia de ti, provincia en que viví. No sé si sea por el caos en la ciudad en que vivo, o sea por poblano o por viejo.

Cuando pensé en el título de esta reminiscencia, creí que podría llamarla la provincia *perdida* o la provincia *olvidada*. Pero no la he perdido porque la recuerdo vívidamente y no la he olvidado; la atesoro.

No es lejana para mí en el sentido de la distancia. Lo es en el sentido del tiempo y más que en la distancia o en el tiempo es en el ambiente en ellas. Creo que será lo mismo para quien vivió la provincia de hace sesenta años o más.

Cuando viajo ahora a provincia para participar en una reunión o congreso, es evidente que la que conocí



Anónimo, casa colonial usada como vecindad, 3 Oriente 604, Puebla, ca. 1949

en los años treinta o cuarenta del siglo pasado, no es la de hoy. Ahora las ciudades han crecido en forma tan desproporcionada como la capital de la República. Ya en ellas no se camina por calles tranquilas, ni mucho menos puede uno esperar *el santo olor de la panadería* que añoraba López Velarde. Ahora el pan se compra en supermercados.

En la mayoría el caos es semejante al del Distrito Federal. Aun las que han crecido bien, tienen una fisonomía que dista mucho del de la provincia tranquila. Entre viaductos y periféricos, cada vez se parecen más a una mezcla de barriadas con áreas similares a las de un pueblo sureño del país del norte.

Por eso rememoro con nostalgia y atesoro haber vivido en una Puebla en que se podía caminar y en diez minutos llegar de un sitio periférico al centro. En ese tiempo cruzaba la ciudad de sur a norte en bicicleta sin peligro.

Nací y viví los años que pasé en ella en el barrio del Carmen. De niño devoto hice la primera comunión en la iglesia de Santa Inés. No era consciente entonces de que en ese lugar se dieron las batallas finales del heroico sitio de Puebla por los franceses en 1863, cuando regresaron un año después de su derrota el 5 de mayo, y tampoco sabía entonces, que enfrente a San Marcos, en la avenida Reforma, donde caminaba con frecuencia, durante ese mismo combate, las pudibundas señoritas poblanas, desde un balcón enseñaban el trasero para llamar la atención de los soldados franceses, que pagaban la espada con una bala mortal disparada por los defensores.

Desde niño tuve la fortuna de oír música a diario. Me aficioné a la clásica porque mi padre en forma coti-

diana tocaba el piano todas las tardes al regresar de su trabajo como contador en una fábrica de hilados y tejidos. Estudios de contador que realizó en el que entonces se llamaba Colegio del Estado. Hoy me emociona su recuerdo cada vez que escucho preludios de Chopin, o música de Manuel M. Ponce que era de lo que más le oía tocar.

A propósito un recuerdo de los años treinta. Anunciaban en el cine Variedades una función de ópera: *Aida* de Verdi, con Amparo Guerra Margain como soprano; manifesté mi deseo de asistir y mi padre me dijo: “Si quieres te compro un boleto, yo no voy porque para oír buena ópera se necesita una gran orquesta y dudo que la que va a participar sea buena”. Acepté la oferta y asistí. Recuerdo la extrañeza con que me veían los presentes a esa función, en su mayoría gente más que adulta; yo debo haber tenido unos diez años... Al salir del teatro, para estrenar mi vida como de adulto independiente, antes de caminar a casa me tomé un vaso de tepache en un tendejón que estaba enfrente al teatro.

La Puebla de esos años aún tenía reminiscencias del Virreinato. Las castas persistían. Los grandes negocios, las fábricas de hilados, los grandes almacenes de ropa, estaban en manos de españoles... sus hijos, criollos, pronunciaban la “c” y la “z”. La siguiente casta era de mestizos, profesionistas, que administraban los negocios de extranjeros y finalmente los indígenas, que trabajaban de obreros en las fábricas o en el comercio menor, como el del mercado de la Victoria.

Aún con esa gran influencia, las fiestas patrias eran motivo de grandes celebraciones. El 5 de mayo, además del desfile en el que participaba un viejecito de cabeza blanca, el sargento de la Rosa, superviviente de la batalla, en los fuertes de Loreto y Guadalupe se celebraba la batalla del 5 de mayo con una escaramuza en la que participaban elementos del ejército repartidos en dos bandos: los rojos y los azules, que simulaban los dos ejércitos que contendieron en esa fecha; naturalmente siempre ganaban los rojos que representaban el de Zaragoza.

De esa batalla aún quedaban recuerdos vivos en la ciudad. Camino a la escuela primaria a la que asistía, había una pequeña tienda de artículos escolares: “El Lápiz Rojo”; en la trastienda se alcanzaba a ver, colgado en la pared, un uniforme de oficial del ejército de Zaragoza, con medallas en el frente.

Sólo en una ocasión se realizó el simulacro en el cerro de San Juan, donde hoy existe un fraccionamiento de lujo. Entonces se representaba el ataque de los franceses que dio inicio al sitio de Puebla un año después del 5 de mayo. En esa ocasión los franceses no cometieron el error de atacar por los fuertes de Loreto, sino por una zona menos defendida. Desde Cholula hacia el cerro de San Juan, para dar inicio al sitio de Puebla, en que

los defensores de ella realizaron una gesta heroica superior a la de un año atrás. En esa escaramuza, no obstante que históricamente debían ganar los franceses, el triunfo fue de los defensores del cerro, hasta con “franceses” descalabrados.

El 16 de septiembre también había desfile por toda la avenida Reforma y en la noche una costumbre curiosa: un combate de flores en esa misma avenida, donde circulando a muy baja velocidad y en dos sentidos, desde los coches se enviaban flores a las señoritas por los galanes poblanos.

Esa costumbre de pasear en dos sentidos en una plaza es muy de provincia. En Puebla se daba los domingos en los portales. La maledicencia le llamaba “el nalgódromo”, haciendo alusión al dicho que dice “para nalgas y campanas: las poblanas”.

Si los criollos y mestizos de esa época tenían sus celebraciones en esos dos días, los hijos de españoles celebraban la Virgen del Pilar con una Romería de Covadonga, en donde bailaban jotas y otros bailes españoles con vestidos típicos de las zonas de donde era el baile.

Esta celebración ocurría en los salones del parque “El Mirador”, adjunto al parque de fútbol del mismo nombre, donde inició el equipo de Puebla, ya con la franja azul característica, su participación en la primera división. Famosos entre sus jugadores eran un defensa argentino: Pito Pérez y el portero Iborra, que llegó a México como segundo portero de la Selección Vasca, suplente de Urquiaga y que después se quedó a vivir en Puebla abriendo una agencia de viajes. Fueron los primeros juegos de fútbol que vi en Puebla, pues cuando viajaba a México, con mis primos los Angulo, íbamos al viejo parque Asturias, detrás de lo que era entonces un hospicio y que hoy es una instalación militar.

Recuerdo otro aspecto de la influencia española en la vida cotidiana. En la escuela de jesuitas en que cursé el bachillerato, había una asociación religiosa en que se invitaba a participar a los alumnos. En ella cantaban un himno a la Virgen María del que años después reconocí la música:

La Virgen María es nuestra protectora
y con tan gran señora
no hay nada que temer.

La música la reconocí muchos años después, cuando asistiendo a una recepción en honor de los Reyes de España, tocaron la Marcha Real...

El recuerdo de caminar esas viejas calles es casi sensorial. Puedo sentir las paredes rugosas del templo de la Concepción, calle donde en un zaguán, una señora, en las tardes, vendía unos panes alargados rellenos de longaniza y aguacate, remojados en una salsa picante; se llamaban “chanclas” y que había que comerlas ahí mis-

mo, pues al poco rato el pan reblandecido era una masa informe.

Muchos recuerdos llegan a mi mente al evocarlos. Los niños que vendían “muéganos” en el Paseo de San Francisco, que mostraban en unas charolas que tenían un farol hecho con papel de rosa y que anunciaban cantando canciones picarescas. En ese mismo paseo, en la calle, numerosos jóvenes se ofrecían a lavar coches, con agua que extraían del antiguo baño de “temascal”, donde los poblanos del siglo XIX tomaban su semanario baño los sábados, del que después se reponían comiendo chalupas y caldo en los puestos que aún persisten en ese sitio.

Recuerdo el “Paseo Nuevo” al que mi padre me llevó en una ocasión a ver una exposición ganadera y agrícola y que al terminar la visita, nos sentamos en unas mesas rústicas a tomar una botella de sidra de Huejotzingo. O la ocasión que en ese mismo paseo, en la placita que estaba en su acera oriente, me llevó a ver el debut de dos jovencitos que ya tenían fama: los becerristas hermanos Arruza.

Recuerdos de la Puebla de los azulejos de Talavera en las fachadas de casonas señoriales. De las banquetas



Juan C. Méndez, Zócalo de Puebla, ca. 1949

pavimentadas con piedra laja, que conservaban la humedad después de un aguacero vespertino y el vaporcillo que desprendían, que se mezclaba con el vapor de los botes de hojalata que en las esquinas ofrecían “chileatole verde”. De aquella esquina chata con un gran balcón, al final de la primera calle Reforma oriente que entonces aún se llamaba así, donde la tradición dice que se asomaba la “china poblana” que ahí vivió.

Los domingos mi padre y yo hacíamos excursiones a pie siguiendo la carretera a Atlixco hasta llegar a Chilpilo, o por la de México hasta Cholula, para regresar a casa en camión, donde nos esperaba una deliciosa comida típica hecha por mi madre. Ella contribuía a la economía familiar vendiendo comidas que se hacían en casa y se distribuían de lunes a sábado, a familias que evitaban tener que cocinar. En esas excursiones, en pláticas al parecer intrascendentes, recibía yo educación tutorial.

Asistí a diversas escuelas de niño. Una me dejó recuerdos imperecederos: el “Colegio Marcía”, que dirigía personalmente su director el Profesor Adelaido Martínez. Él mismo daba las clases a los alumnos de quinto y sexto grados, años en que estuve en ella. Al entrar a la escuela en las mañanas, recibía personalmente a cada alumno con un apretón de manos, que se repetía al salir de la escuela. En la clase fomentaba una participación activa de los alumnos, manejando en forma combinada temas de aritmética, geografía, gramática o historia y civismo, que resultaban de leer y de analizar las noticias del diario matutino. Para explicar la guerra de intervención francesa, nos llevó a los fuertes

de Loreto y Guadalupe para reseñarnos la batalla y así hacía con otros temas. Desde entonces para iniciar el día tengo al menos que hojear un diario. Su figura de hombre alto, grueso, siempre sonriente, con un vivaz brillo en su mirada, me lo recordaba años después cuando veía el retrato de Justo Sierra en Rectoría. De esa escuela otro recuerdo tengo presente. La clase de música era los sábados. Consistía en oír primero y cantar después canciones de la trova yucateca, acompañados al piano por el maestro, que era un viejecito de cabeza blanca, impecablemente vestido, cuyo nombre desgraciadamente no recuerdo.

La influencia y el gusto por la música clásica llegó de mi padre. De la popular de ese viejecito.

Recibí en esa escuela, una educación que sin duda era activa, noción que años después he defendido en contra de la enseñanza verbalista, desgraciadamente tan común.

De otra escuela tengo también recuerdos formativos: “El Instituto Oriente”, cuyo lema era motivo de insistencia en cualquier ocasión en clase: *Militia est Vita*, concepto que he podido comprobar a través de mi existencia. De esa escuela tengo un emocionante recuerdo aún más cercano. En mi casa, unos días después de haber sido designado Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, llegó un telegrama que decía: “Su vieja Escuela se cimbró hasta los cimientos al conocer la noticia”.

Como éstos ¡cuántos recuerdos de esa época en que disfruté la provincia! ¡Cómo olvidarla! ■



Osuna, Calle 5 de mayo, Puebla, ca. 1937